

Luis Pásara

¿QUÉ PAÍS ES ESTE?

CONTRAPUNTOS EN TORNO AL PERÚ Y LOS PERUANOS

Alberto Jerga
Lima, 2017



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 ¿Qué país es este? : contrapuntos en torno al Perú y los peruanos / [José Carlos Agüero, Q Jeanine Anderson, Wilfredo Ardito ... et al.] Luis Pásara, [entrevistas].— 1a ed.—Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2016 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa). 496 p.: retr.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2016-14781
ISBN 978-612-317-206-0

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Problemas sociales - Perú 4. Identidad de grupo - Perú 5. Poder (Ciencias sociales) - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Agüero, José Carlos, 1975- II. Anderson, Jeanine, 1942- III. Ardito Vega, Wilfredo, 1965- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2016-1454

¿Qué país es este?
Contrapuntos en torno al Perú y los peruanos
Luis Pásara

© Luis Pásara, 2016

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2016
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: noviembre de 2016
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-14781
ISBN: 978-612-317-206-0
Registro del Proyecto Editorial: 31501361601215

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

*A la memoria de Jorge Basadre
y a la de César Arróspide de la Flor,
esperanzados ambos en que el Perú era no solo problema
sino también posibilidad.*

ALBERTO VERGARA:

**«LAS GRANDES IRRUPCIONES QUE HAN OCURRIDO EN EL PAÍS,
NADIE LAS VIO VENIR»**

Julio Cotler ha apuntado en varias ocasiones que en el Perú las identidades no consolidadas —el trabajador agrícola que se traslada a la ciudad, el obrero que pasa a ser ambulante, el dirigente social que decide irse del país— llevan a la precariedad de la representación política: quién puede representar qué. ¿Ves de esta manera el asunto?

El vínculo representativo tiene dos extremos; la tesis que mencionas alude a uno de los extremos, el del grupo social, el de un grupo en busca de representación. Pone, así, el acento en el lado de la sociedad en ese vínculo representativo. Esta mirada corresponde a una tradición sociológica de mirada de la política; es decir, los sistemas partidarios se forman cuando hay conflictos en la sociedad, con grupos que se oponen, y los partidos vienen a representar esos grupos existentes. En el Perú, que siempre ha sido un país tan fragmentado, estas grandes categorías que deberían preexistir a la articulación política en la sociedad —del tipo obrero, indígena, sureño, evangélico, como categorías sociales— es difícil encontrarlas. Y nunca ha sido muy sencillo encontrarlas.

Quizá allí está la explicación de la debilidad de los partidos, en general, en la historia peruana. Porque, salvo el APRA, los partidos han sido débiles.

Sí. Pero estás partiendo de un punto teórico según el cual la sociedad debe crear su organización: algo debe surgir de las condiciones sociales para la construcción partidaria. Entonces, en la medida en que tenemos una sociedad tan fragmentada y débil —que no se parece en nada a aquellas donde estas cosas fueron teorizadas, especialmente Europa—, es difícil que surjan partidos. A mí me parece que donde hemos fracasado claramente es en la construcción de la representación desde el otro extremo, es decir, desde la construcción política de una base social propia. Como decías bien, la gran excepción en el Perú republicano es el APRA, que construye políticamente un grupo de representados. No es que surja de unas condiciones sociales

particulares, aunque está la tesis de Peter Klarén¹, según la cual había ciertas condiciones de modernización en el Norte que facilitan esto. Me parece que el gran éxito de nuestra vida representativa es el prodigo político del APRA: construir políticamente una organización, unas ideas y una base propia. Eso es lo que no se ha logrado hacer en el Perú después del APRA, ni antes.

¿Por qué solo el APRA pudo hacer eso?

Debe haber un montón de razones, pero una es el permanente vaivén entre democracia y dictadura en el que vive el país. Los partidos políticos, para existir y cobrar fuerza, necesitan que la democracia perdure; si no, eres permanentemente desalojado del poder. Otra razón puede ser un asunto de liderazgos, que no han sido lo suficientemente sólidos, y una incapacidad para la cooperación entre liderazgos. Una tercera es que, cuando no tienes continuidad en el régimen político, las fuerzas que defienden el estatus quo, tienen más fácil la representación que las fuerzas que buscan cambiarlo.

Las fuerzas que buscan mantenerlo no necesitan organizar grandes partidos.

Necesitan, sobre todo, estar en los lugares que les permiten bloquear iniciativas de cambio. Según distintos momentos de nuestra historia, ese bloqueo lo pudo asegurar algún partido caudillista —tipo odríísmo o pradismo— o, si la cosa se ponía un poco más pesada, lo pudieron asegurar los militares o, en otro momento, lo puede asegurar el fujimorismo. Mientras, las fuerzas sociales que buscan el cambio tienen mucho más difícil la construcción; necesitan una fidelidad, un planeamiento, unas estrategias que, de nuevo, es lo que ha sido más difícil construir, salvo el APRA y tal vez Acción Popular en un ratito de nuestra vida republicana.

Finalmente, esos partidos necesitan una permanencia en el tiempo. La alternancia entre democracia y dictadura hace muy difícil que puedas construir esos partidos. Pero el problema fundamental es la creación política de tu campo, de tu base, de tu *constituency*. En eso hemos fracasado y no es de hoy.

Desde luego, uno también podría mirar los grupos sociales en busca de ser representados. Pero, por ejemplo, en Colombia, liberales y conservadores al inicio eran una división fundamentalmente ideológica; no era que representaran socialmente nada que fuera radicalmente distinto el uno del otro.

Y esa división ha terminado siendo cualquier cosa.

Efectivamente. La división ha terminado siendo mantenida por la tradición familiar —que ni siquiera se podría tener en el Perú— o el clientelismo.

¹ Peter KLARÉN, 1976. *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA*. Lima: IEP.

Las fuerzas que defendían el estatus quo en el país siempre recurrieron a administrar el miedo; respecto al APRA, por ejemplo. Pero durante los años del llamado terrorismo, y después, el manejo del miedo parece haberse extendido y ampliado. Quien protesta, reclama y se moviliza fácilmente puede ser etiquetado como senderista; incluso quienes en la última campaña electoral participaron en manifestaciones contra Keiko Fujimori fueron inmediatamente descalificados como terroristas. ¿La experiencia de Sendero ha permitido reforzar la intolerancia con el discrepante que está ligada al autoritarismo?

Habría que medir cuánto efecto tiene el calificativo de «terruco».

Tuvo mucho y parece que ha ido decreciendo. Cuando en la campaña electoral el secretario general del fujimorismo llamó «terrucos» a los contramanifestantes de la candidata en Arequipa, Keiko se vio en la necesidad de disculparse.

Curiosamente, me parece que este asunto se ha hecho mucho más grave en los años 2000 que en los noventa. En el Perú de antes del año 2000 era un tipo de acusación que podías encontrar en Martha Chávez o en ese tipo de figuras groseramente fujimoristas.

Pero que se respaldaba en un aparato de Estado que buscaba sospechosos y podía considerar a un muchacho, por la pinta y por el barrio, como «terruco». Desde el año 2000 se convierte en algo de uso más político, pero en los años noventa tenía como referente real la actuación del aparato policial o militar que perseguía presuntos «terrucos».

Sin ninguna duda, pero ese era un legado real del conflicto. A inicios de los años noventa tenías que andar con la partida de nacimiento en el bolsillo —todavía yo no tenía DNI— porque había redadas y efectivamente había un ambiente de búsqueda de «terrucos». Pero no era un argumento en la boca de líderes de opinión. No recuerdo que hubiera la descalificación de «terruco» contra quien se oponía, como se ha construido en los años 2000.

Luego está la cuestión del impacto. A Susana Villarán la acusaron de eso y ganó la elección municipal. A Verónica Mendoza la han acusado de eso, pero siguió subiendo en intención de voto. Siempre se puede pensar que pudieron tener más éxito de no haber existido la acusación. Pero no parecía ser un calificativo que te arruine la carrera: puedes sobrevivir con eso. Más bien, lo que me sorprende es que la izquierda, veinte o veinticinco años después de haber terminado el conflicto armado interno —para usar el término de la Comisión de la Verdad—, no se haya podido sacudir de ese sambenito, que siga teniendo problemas con eso. Que apareció en el video famoso,

donde Verónica Mendoza está sentada en una mesa, con una hoz y el martillo. También es verdad que hay una mala gestión de ese pasivo, que es una vieja mala gestión. Todos sabemos que la izquierda nunca tuvo muy claro si Sendero era...

Eran «compañeros equivocados».

Eran compañeros equivocados, aliados lejanos, hermanos extraviados.

Lo tuvo claro tarde; tuvieron que matarle gente para que entendiera.

Sí y, aún así, a una gran parte le parecía que era una equivocación. Había los debates en el interior de algunos de los partidos, en los que se discutía si había que unirse a la lucha armada de Sendero o si había que generar una propia. Estos debates existieron en la izquierda peruana hasta fines de la década de los años ochenta. Hasta 1989 —que hoy, visto en perspectiva, es el año que cae el Muro de Berlín— hubo un sector que no quería condonar abiertamente la violencia.

Has escrito que «la promesa socialista murió hace un buen tiempo y sus líderes —los muchos viejos y los pocos jóvenes— van de tumbos en tumbos roídos por la nostalgia de una presunta época dorada»². ¿Crees que el Frente Amplio es algo muy distinto de lo que fue Izquierda Unida?

Sí es distinto; es bastante nuevo y no sabemos en qué cosa se va a transformar. Lo que sabemos es que tiene problemas o desafíos, hacia dentro y hacia afuera. Hacia adentro, siempre he tenido la impresión de que la izquierda puede estar junta, pero no unida. Hay una cultura de la facción, una cultura de «mi secretario general, antes que el tuyo», que forma parte de la cultura de la izquierda peruana a partir de una cultura izquierdista internacional, que siempre está llena de facciones. No hay que pensar que es una peculiaridad peruana nada más. Creo que muchos, incluso los jóvenes, se han educado en esa cultura. Hay que ver si, efectivamente, hacia adentro pueden superar esos problemas.

Hacia afuera tienen el mismo problema que ha tenido siempre la izquierda: entender al país no izquierdista. Hay una tendencia de hablar en un lenguaje que comprenden los ya convertidos y creo que el desafío hacia afuera es hablar otros lenguajes.

En un país minero es imposible que pueda existir una izquierda que no pase por ese tema; efectivamente, hay un papel de representación en ese eje de decisión sobre la minería y las industrias extractivas que es imposible que quede sin representación.

² Alberto VERGARA, 2013. *Ciudadanos sin república. ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* Bogotá: Planeta (p. 17).

Me parece que ellos tienen que jugar esa carta y la han jugado bastante bien. Pero con eso tienes 14% o 15% del voto, si te va bien. Ahora bien, Verónica Mendoza podría tener en claro que les ha ido bastante bien en la segunda vuelta, al apoyar a Kuczynski en términos que no son los del programa original frenteamplista o izquierdista, sino en términos de la defensa del Estado de derecho, de «no vamos a permitir que ocurra el narcoestado». Y no les ha ido mal.

Bastante bien. Mira el dato de Ipsos: la mayor razón por la cual la gente cree que ha ganado Kuczynski es por el apoyo de Verónica, 40%.

Lo que me parece importante —y esto no busca retacear el papel de Verónica sino entenderlo de manera más completa— es que ella hace campaña con un discurso antinarcoestado y anticorrupción; esas son las palabras que ella menciona más en la última semana de la campaña. Es el apoyo de Verónica, sí; pero es el apoyo de una Verónica muy distinta a la de la primera vuelta. No es una Verónica que está hablando pestes del modelo neoliberal ni de las industrias extractivas. Es importante ella como mensajera, pero es importante que pudiera transmitir un tipo de mensaje diferente del que transmitió en primera vuelta. El desafío que tiene ella para el futuro es construir otro tipo de idioma. Creo que ella ha demostrado, y no puede perderlo, que habla sureño de maravilla; pero también se ha demostrado que con eso no conquistas votos fuera del sur.

Pero para conquistar a gente fuera del sur hay, al mismo tiempo, el límite del problema interno al que te referiste. Habría que ver cómo han vivido los cuadros, no las bases o los votantes, sino los cuadros que están en el Frente Amplio, esa última semana de Verónica.

Puede que la hayan vivido con más o menos angustia o con más o menos amargura, pero todo parece indicar que le hicieron caso y se alinearon con ella, tapándose la nariz o con alegría; habrá habido de todo. Pero, efectivamente, se hizo lo que ella dijo, apoyar a PPK, sin que fuera una respuesta directa a una orden, porque evidentemente eso no es así. Pero estamos hablando de una elección que fue tan ajustada que todo voto importaba.

Entonces, han demostrado que hablan muy bien sureño; tienen que aprender a hablar costeño. No sé si eso se construye con una estrategia de bilingüismo —o sea que hablas dos idiomas distintos—, o se construye uno solo con una habilidad muy fina y acciopopulista, con el cual entusiasmas al sur y al mismo tiempo no asustas a la costa y consigues allí algún respaldo. Es una alquimia difícil de conseguir, pero Acción Popular la consiguió, Toledo la consiguió. Necesitas una dosis de pragmatismo que tal vez no está en el ADN de la izquierda nacional, no lo sé.

Si ella lograra que estuviera eso en el ADN del Frente Amplio sería un cambio espectacular.

Sí. Este apoyo a Kuczynski en la segunda vuelta demuestra que existe, al menos potencialmente, ese pragmatismo. Porque la verdad es que, en muchos lugares del mundo, la izquierda de ese tipo podría haber dicho: «Esto es la misma macana y no tengo por qué elegir a una de las dos variedades de derecha», y llamar a votar nulo y asumir que el éxito es que los nulos pasen de 20%. Que ellos hayan hecho campaña abiertamente por PPK en la segunda vuelta demuestra que hay un aprendizaje de pragmatismo. Es cierto que el Frente Amplio estaba dividido sobre la cuestión, que había un sector que llamaba a no apoyar a nadie. No es que ha ganado el pragmatismo, está en pelea.

«EL OPTIMISMO BOBALICÓN CONFÍA EN LAS CAPACIDADES CURATIVAS DE LA ECONOMÍA, SOBRE OTRAS DIMENSIONES QUE CONFORMAN EL PAÍS».

En el artículo que escribiste sobre el primer año de Humala, te referiste a «este pétreo sistema político, económico, cultural, que se apresta a cumplir veinte años en el país, y al que le da exactamente igual si los gobernantes son democráticos o autoritarios, exaltados o tímidos, expertos o novatos, con partido o sin partido [...] donde casi todo se nos aparece como un largo *déjà vu*, donde el sistema político parece haberse independizado de toda fuerza social (individual o colectiva), [...] donde ir a votar parece cada vez más una pantomima sin consecuencias y donde, en fin, la alternancia electoral no cumple con su etimológico papel de alterar nada sustancial. ¿En qué consiste esta alternancia sin alternativa?». Y a la dirigencia política la caracterizaste como «una clase política indecentemente pobre e incoherente [...] cada vez más precaria; en estricto, no es una clase política. [...] los políticos son cada vez más débiles, y al llegar al poder deben enfrentar a actores no elegidos que son cada vez más fuertes. Esto inhibe la posibilidad del cambio»³. La dureza de los términos usados significa que no compartes el optimismo de algunos, o quizás de muchos, respecto al país.

Primero, yo no lo trataría de encasillar en optimismo o pesimismo, sino que me parece que son textos —y ese texto en especial— inconformes. Me parece que hay

³ Alberto VERGARA, 2012. Alternancia sin alternativa. ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), pp. 1, 3, 5.

una necesidad de sacudir el conformismo que ha habido en el país en los últimos quince años, donde ha habido la convicción de que todo iba bien y de que estábamos encarrilados, como por un tubo, a ser país desarrollado. Creo que los términos juegan un papel retórico en la construcción de ese inconformismo necesario, que no es lo mismo que pesimismo porque creo que siempre está el espacio para hacer política y mejorar las cosas.

Uso el término optimismo porque cuando en el país manifiestas, en la discusión cotidiana o la conversación informal, ciertos aspectos críticos o ciertas insatisfacciones, te replican: «Lo que pasa es que no quieres ver esperanza, tú eres pesimista» y algunos interlocutores te alientan a que seas optimista: «¿Por qué ves todo negro?». Se traslada una discusión sobre las características de lo que ves en el país al campo del optimismo o el pesimismo.

Sí, completamente de acuerdo; es así, lo cual me parece una tontería, porque el pesimismo y el optimismo son básicamente actos de fe. La gente dice «soy optimista» o «soy pesimista» como si fuera algo consustancial al ser. «No importa lo que pase, yo siempre soy pesimista» o «siempre soy optimista». Eso no tiene ninguna ventaja analítica ni de ningún tipo. Deberían evaluarse las condiciones y los hechos, y pensar si hay cosas que se puede mejorar, si hay cosas que no se van a mejorar y si hay cosas que pueden empeorar. Me parece que ese texto es una llamada de atención a un optimismo bobo que ha habido en el país.

Si has viajado un poco al mundo desarrollado, si has vivido en el extranjero, sabes que el desarrollo no es un asunto de cuántos puntos crece el PBI anualmente. Nadie puede ser desarrollado en la miseria, desde luego, pero el crecimiento es como un mínimo indispensable para empezar a pensar el desarrollo. No obstante, en el Perú se asumió durante diez o quince años, que es cuando aparece el crecimiento, que ese era el objetivo último, el fin y el medio de las políticas en el Perú. Podría decirse: «Mira Nigeria, mira Vietnam, mira cómo crecen económicamente y ¿acaso eso significa que sean desarrollados? ¿Eso es lo que queremos para el país?». Mis textos están muy cargados de esa voluntad de hablarle a un país, bobalicónamente crédulo de un relato tonto, por el cual al crecer simplemente no había mucho más que buscar o hacer.

Es verdad que hay un optimismo bobalicón que viene de unos datos económicos macro que dicen que el país crece desde hace quince años a un ritmo mucho mejor que otros en América Latina. Sin embargo, los optimistas nunca lo han sido respecto a lo político; siempre han visto lo político como algo pendiente, esto es, «políticamente el país no tiene lo que sí tiene en términos económicos». Y ha habido momentos de susto; Humala en la elección de 2011 causó un gran susto,

porque se podía venir abajo todo: había un problema político que en ese momento no se vivió como un detalle. Pasó el susto cuando Humala cambió de hoja de ruta, el problema estuvo aparentemente resuelto y ningún optimista se ocupó del ‘detalle’ político pendiente hasta que llegó la siguiente elección y, de nuevo, Verónica amenazó el sistema. Otra vez, el susto de que ella pudiera llegar a la segunda vuelta. Ahora el problema aparece nuevamente resuelto con la elección de PPK y ningún optimista se preocupará del sistema político hasta la siguiente elección. Hay, pues, de un lado, esta confianza, este optimismo bobalicón confiado en que la clave consiste en crecer económicamente y, de otro lado, esta despreocupación más o menos constante respecto de lo político, hasta que llega el momento de las elecciones.

Tengo un diagnóstico distinto. Para mí, el optimismo bobalicón no es algo que pertenece enteramente a la esfera económica; es algo que pertenece a tu concepción de desarrollo. Y, entonces, tienes la convicción, producto de la fe, de que conforme la economía siga creciendo, tus otras esferas —que incluyen la política, la institucionalidad, el malestar social— van a ir arreglándose. El optimismo bobalicón está referido a las capacidades curativas de la economía, sobre otras dimensiones que conforman el país. Es esto lo que ha primado en el país. Cuando hablabas con gente durante los primeros años de este siglo, te decían: «No compadre, las instituciones se van arreglando conforme el país crezca, los líderes populistas solo existen porque la riqueza todavía no ha llegado a ciertas zonas, espérate que sigamos creciendo unos años y vas a ver cómo eso se cae». Finalmente, el Perú es la demostración de que las tesis de la modernización son falsas o, por lo menos, no funcionan en el país. Me parece que se ha demostrado que es falsa la idea por la cual el camino a la modernidad es un combo completo, coherente, integral, en el cual vas a adquirir prosperidad económica, capacidad estatal, salud democrática y que lo bueno viene todo junto.

Viene todo junto, pero a partir del crecimiento económico, que es el motor.

Exacto. Por eso es que el neoliberalismo y el marxismo se parecen: creen que el resto de las esferas de la vida social están fundamentalmente regidas y condicionadas por la economía. Se les dijo durante años: «Se están desmondogando las instituciones, la representación, la amargura de la gente». Y el optimismo bobalicón: «No, eres un pesimista, eres un caviar, no te das cuenta de la importancia de la economía, quieres volver a los años ochenta». Porque la fe ha sido que la economía se iba a ocupar de solucionar los otros problemas.

Tengo la impresión de que la elección de 2016 es la primera del nuevo siglo en la cual esto ha comenzado a ser claramente visible. Es la primera elección en la cual las élites políticas, tecnocráticas, económicas, reconocen: «Efectivamente, crecer no bastaba». Oportunistamente, algunos lo achacan al fracaso de Humala, pero a puerta

cerrada todo el mundo sabe que Humala no tiene ninguna relevancia en el diagnóstico. Digamos que se nos cayó la tesis de la modernización, pero no nos habíamos preparado para tener que pensar en un plan B porque estábamos convencidos de que el plan A era infalible. Esta es la primera elección a la que llegamos convencidos de que se puede ser rico y, no obstante, subdesarrollado. El gran malestar, en el fondo, tiene que ver con que lo que se prometió como proyecto para el país, el universo de la ‘modernización’ se ha demostrado claramente falso.

En el libro que publicaste hace tres años formulas la pregunta crítica: «¿Será gobernable el Perú cuando escaseen los esteroides del crecimiento y las instituciones sean las de siempre?»⁴. Ahora la pregunta debe formularse en tiempo presente porque a eso estamos llegando. ¿Cómo la respondes tú mismo?

Sí, en algún sentido ya estamos ahí. En Madre de Dios ha habido una huelga general que ha durado semanas, en la cual una región completa del país estaba en rebeldía; en Lima no se enteraron y el Estado no hizo mucho. Los huelguistas no sabían qué hacer y la huelga se acabó de aburrimiento, porque nadie le daba pelota al otro.

Y Madre de Dios está tan a trasmano que desde Lima se ve como en el fin del mundo.

Claro, deben haber pensado: «que el problema lo resuelvan los brasileros». Lo que pasa en que en esa frase mía que citas hay un elemento ausente, que es el de la organización social en el Perú, que es la pieza cuya debilidad permite seguir funcionando sin grandes problemas. Como en el caso de Madre de Dios, los problemas, los puntos de rechazo o de protesta, son súper acotados, tanto en términos ideológicos como territoriales. Ni las agendas políticas suman algo que ocurre en varios sitios, ni la territorialidad del conflicto consigue desbordarse a otro lugar. Entonces, la institucionalidad débil y el crecimiento débil tienen un buen aliado en una sociedad que sigue estando fragmentadísima. Ese sería el tercer elemento de la ecuación. Con ese grado de fragmentación de las agendas, ideológico y territorial...

La ingobernabilidad es menor.

Efectivamente. Puedes crecer menos y seguir funcionando sin grandes crisis. Claro, hasta que pase algo que no sabemos qué será. Porque las grandes irrupciones que han ocurrido en el país, nadie las vio venir. Tendríamos que ser muy soberbios para creer que ahora sí vamos a adivinar la llegada de Sendero, de Velasco o de Fujimori, cuando la gente de su tiempo no la vio venir. No vamos a ser nosotros los profetas que acierten.

⁴ Alberto VERGARA, 2013. *Ciudadanos sin república. ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* Bogotá: Planeta (p. 25).

Otra opción es salir de esta dinámica gradualmente; es una opción posible, y deseable, diría yo. Que se construya una mayor legitimidad con la sociedad, que haya una preocupación más genuina por acercar régimen político e instituciones a la sociedad y que, por lo tanto, ese malestar que hay en el Perú, respecto del régimen político y respecto de las élites, se aminore y que el gobierno del Perú se mantenga sin grandes sobresaltos y mejore. Está claro que con un poco de talento, de voluntad y de fuerza muchas cosas que se consiguieron en estos últimos años podrían caerse y eso forma parte del pánico al que aludías, que sufren los sectores altos de la sociedad peruana cada cinco años. Tiene que ver con el reconocimiento implícito de que no hay nada real que proteja o consolide lo ganado.

Un buen signo en la dirección que apuntas como posible y deseable es que aparecen voces, personas importantes que están viendo el tema. Pongo como ejemplo la línea que ha tomado *El Comercio* en el último año. Es la conciencia que ha dejado atrás el optimismo bobalicón y propone una visión un poco más compleja de la situación del país y de sus necesidades. Es un ejemplo de que la conciencia de cierta gente puede cambiar el panorama.

Totalmente. Y creo que también está en un cambio generacional; aunque obviamente no es lo único, puede que haya un elemento generacional importante. Como ejemplos de una apertura, de intentos de hacer otras cosas, tenemos en el gobierno de Humala lo que han hecho Piero Ghezzi, Jaime Saavedra y el propio Miguel Castilla. Hay una generación nueva, con muchos más recursos para, sin dejar de ser de derecha, no tener por qué sentir que se está sometido ni al fujimorismo ni a Lourdes Flores ni a Alan García ni a un tipo de liderazgo que, creo, es percibido como viejo y provinciano.

En las conversaciones que, para este libro, he tenido con algunos empresarios —que no son los viejos nombres sino gente de otra generación— he encontrado una visión más realista, compleja y sensible del país. Y temas como los que estamos conversando, también les preocupan a ellos.

Claro y no hay ninguna razón para que no sea así. ¿Por qué, siendo de derecha, tendrías que ser indulgente con los narcoindultos? Es perfectamente razonable que seas un tipo liberal y que condenes los narcoindultos; es perfectamente concebible que seas de derecha y que condenes el manejo de *El Comercio* como se hizo en la elección de 2011. Ha habido aquí un intento de monopolizar la agenda de derecha. Me parece muy bien que surjan voces diferentes y eso no siga así. A lo largo del gobierno de Humala, en varios temas sensibles, cuando tenías en contra al fujimorismo y a García, la manera de desarticular esas críticas era que saliera Castilla a defender al gobierno. La CONFIEP y los medios se alineaban inmediatamente con

Castilla y no con la derecha política. Porque esos medios, ciertos empresarios como los que has entrevistado, Castilla y una parte de ese sector en el Estado se diferencian de esos viejos dinosaurios derechistas, que obviamente solo están pensando en su interés personal y de corto plazo.

En los últimos años, hemos visto la escisión de la derecha, que desemboca en la elección de 2016. Esta elección termina siendo la manifestación de esa escisión. Antes, la escisión de la derecha peruana era Vargas Llosa y el resto. Vargas Llosa era el único que, en defensa de las instituciones y de la democracia era capaz de poner en riesgo el modelo económico. No había nadie más así en la derecha partidaria. Esta elección confirma esa divergencia entre una derecha empresarial, más joven, tecnocrática, muy limeña también, y una derecha más vieja, partidaria, más politizada y con más tolerancia a la corrupción.

Tolerancia a la corrupción, a la violación de derechos humanos, a una serie de temas que van —como tú dirías— en combo.

Exacto. Otro tema que me parece importante, que lo mencionamos en relación a esto de lo ‘terruco’, es que hay un antiizquierdismo en el Perú de los últimos años que es muy fuerte en la opinión pública. En muchos comentaristas, la ilusión de que ganase Keiko Fujimori no era porque fuera a poner una agenda de derecha sino porque esperaban que demoliera a la izquierda. Es decir, lo que celebraban es que con ella habría más opción de que se acabe el pluralismo, mientras que PPK no pone en peligro el pluralismo, porque no va a mandar a la Sunat a espulgar a las ONG, no va a meter a la cárcel a los antimineros, etcétera... Para ellos, PPK es una decepción en tanto antiizquierdista. El antiizquierdismo es, finalmente, el sustrato político de un sector grande del Perú que está detrás de Fujimori y el fujimorismo.

Pero hace cuatro años, en el mismo artículo que cité antes, escribiste: «¿A quién le importan las instituciones democráticas en el Perú? Mi sospecha es que a no más de un cuarto de la población»⁵. ¿Que en la segunda vuelta la mitad del electorado votara por PPK significa que algo ha cambiado o que debes corregirte?

Diría que en lo esencial mi tesis es correcta. Más allá de los porcentajes, el texto quería decir que en el país hay un conglomerado importante de gente que no son unos cínicos, que no les da igual las instituciones, que no creen que el Perú debe ser un país chacra, combi y que todo lo que importa es crecer, sino que hay una preocupación por vivir en un país más desarrollado, en la concepción integral del término. En ese sentido macro,

⁵ Alberto VERGARA, 2012. Alternancia sin alternativa. ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), p. 11.

la tesis de que hay unos ciudadanos sin república, una ciudadanía buscando la construcción de instituciones republicanas, se ha comprobado que es cierta.

¿Exageraríamos si dijéramos que esa posición ganó la segunda vuelta?

Creo que sí la ganó. Pero quisiera regresar a lo del porcentaje, que es mucho más complicado de delimitar. No podemos ser ingenuos: hay que ser conscientes de que en ese 50,01% que ha votado por PPK hay un bolsón de antifujimorismo autoritario, un sector de esa población que mañana votaría por Antauro. No podemos obviar eso. ¿Dónde trazamos la línea? ¿Es 35, 40 o 20? No lo sé, pero me parece que un tercio del país ha demostrado que estas cuestiones le importan seria y constantemente. Y en la segunda vuelta se ha impuesto una preocupación por el Estado de derecho y, en consecuencia, porque el país no caiga en manos de un combo de narcotráfico, prepotencia y arbitrariedad. Ha ganado una suerte de coalición espontánea, desorganizada y hecha a última hora, pero es una coalición republicana la que ha ganado.

De nuevo, no hay que caer en la exageración sobre este bloque. Con Alejandro Palomino —que es economista, investigador del BID—, estamos viendo qué se puede hacer para tratar de entender el voto y cruzamos el voto por los dos candidatos, con la pregunta «¿Para usted cuál es el problema principal del país?», hecha en la Encuesta Nacional de Hogares del INEI. La correlación es perfecta. En los departamentos donde la preocupación principal es el crimen, se votó por Keiko. En los departamentos donde la preocupación principal es la corrupción, se votó por PPK. Y, finalmente, solucionar el crimen y la corrupción son dos dimensiones de un Estado de derecho. Creo que trazar grupos porcentuales, aritméticos, es muy difícil en el país porque las condiciones son muy cambiantes. Podemos aludir a un bloque que varía, que se alarga o se retrae, pero que tiene una preocupación fundamental por las instituciones, por la democracia, tema que en el país ha estado completamente abandonado en estos años. Es un bloque que no tiene representación política propia. Fugazmente, fue Toledo; tal vez Vargas Llosa lo representa mejor que cualquier otro. Pero carece de representación política.

Son los que, en tus términos, buscan la república.

Sí; les llamé «ciudadanos sin república», un poco para voltear lo de Flores Galindo⁶, pero también porque creo que hay la búsqueda de un horizonte republicano institucionalista. No siempre funciona como bloque, porque justamente no tiene representación. Usualmente se manifiesta como espasmos, como reflejos, como manotazos en momentos de crisis. La desinflada de César Acuña, por lo de los plagios, tiene un elemento de eso, de una condena a una actitud ilegal, pendeja, informal.

⁶ Alberto FLORES GALINDO, 1986. *Buscando un inca*. La Habana: Casa de las Américas.

«LA MANIFESTACIÓN DE ESTA PREOCUPACIÓN POR LAS INSTITUCIONES TIENE EPISODIOS CADA CIERTO TIEMPO EN EL PERÚ».

Con la mirada puesta en este sector de ciudadanos en busca de república, para usar tus palabras, reconocemos que esta elección es simbólicamente muy importante. Porque la discusión de la segunda vuelta estuvo centrada, como has recordado bien, en el Estado de derecho; no se discutía programas económicos. Pero, además, las marchas juveniles anti Keiko no eran de antifujimoristas autoritarios, eran de gente que también tenía en mente —quizá de manera poco articulada como un conjunto de razones y planteamientos estructurados— una preocupación por el aspecto autoritario representado en la candidatura de Keiko. Un debate en torno a este tema —no sé si ha habido otro debate electoral así en el Perú— debe tener un efecto pedagógico sobre el electorado. Gente que no tenía tan claro ese dilema autoritarismo versus democracia, o Estado de derecho versus mano dura, a lo mejor se ha aclarado.

A mí me parece que sí. Estoy totalmente de acuerdo contigo en que esta elección ha sido muy clara al respecto; pero intentaría relativizar, no negar, que la manifestación de este sector sea solo como antifujimorismo. Por ejemplo, cuando Susana Villarán se salva de ser revocada, es contra una coalición de Castañeda, Marco Turbio, que se percibe como una coalición cutrera, mafiosa, informal, combi. Entonces, desde esos mismos sectores surge espontáneamente y con las justas, sudando, una coalición que impide que se revogue a Susana. Creo que tienes razón en la crucialidad y visibilidad que esto ha tenido en la última elección, pero la manifestación de esta preocupación por las instituciones, o por el rechazo al mundo de la no institucionalidad, tiene episodios cada cierto tiempo en el Perú.

Es espasmódica.

Exacto. Son como reflejos, manotazos. Cuando ya está con el agua al cuello, la gente dice: «Nos van a quitar Lima, se la van a volver a dar al mafioso» o «El fujimorismo con los narcos va a llegar al poder». Luego de la batalla, todo el mundo regresa a su casa, vuelve a sus actividades, a chambear, a hacer billete, a vivir endeudado y nos olvidamos nuevamente de la representación de eso hasta las siguientes elecciones. Hay esa materia prima de republicanismo y de preocupación por un país institucionalizado, que no tiene un jardinero a tiempo completo, dedicado a cuidarla, podarla,

regarla sino que ahí sobrevive, como si fuera hierba mala. Como abogado del diablo, podría preguntar si es que, estando Verónica Mendoza en la segunda vuelta, la preocupación por el narcoestado hubiera sido cierta en esos sectores de la derecha.

No tengo duda de que si hubieran ido Keiko y Verónica a la segunda vuelta, Keiko hubiera ganado por cinco cuerpos.

¿Y qué hubiera pasado con la denuncia de la DEA? ¿Aparecía? ¿Qué hubiera pasado? ¿Hubiera primado la preocupación por el modelo económico o por el narcoestado? Son cuestiones contingentes que te hacen relativizar los grandes bloques.

Tienes que reconocer que, por las razones que diste al principio de la conversación, una candidatura de izquierda no es la mejor cara del Estado de derecho. En el caso de esa otra segunda vuelta, se hubiera llegado a una contienda diferente, porque Verónica hubiera sido asociada de inmediato a Chávez y sus viajes a Venezuela con Nadine, etcétera. Se desdibujaba la cancha.

Sí, completamente. Finalmente, también hay mucho de avatar contingente que da forma a estos bloques que, a veces, conceptualmente se presentan tan grandes y tan drásticos.

Dirías que el tipo de apoyo recibido por Keiko Fujimori tiene un parecido de familia con el respaldo a Odría de los años cincuenta en el Perú o, incluso antes, con el sánchezerrismo?

Sí, hay unos hilos, unas continuidades innegables, a las que les podrías encontrar primos hermanos en otros países. Un conservadurismo de raíz popular que promete orden y articula sectores marginales de la sociedad urbana, en torno a un caudillo popular que no genera problemas a las élites tradicionales. Esa es la descripción de algo bastante común en América Latina y, en el Perú, los casos que mencionas se parecen bastante: hay algo en el sánchezerrismo, hay algo en el odrísmo. La novedad ahora es que ninguno de esos movimientos o partidos logró superar al líder. El odrísmo nunca fue competitivo con el hijo de Odría o el sánchezerrismo con algún urrelito. El fujimorismo parecía estar independizándose del caudillismo que parece inevitable en ese tipo de movimientos.

En parte, eso se explica porque Fujimori está preso y mientras una parte importante de los peruanos creemos que es donde debe estar, para los otros es una situación transitoria, en la cual hay que buscar a quién pasar la posta. Y la posta la tiene la hija, evidentemente.

Es una suerte de variación del elemento caudillista, porque sigue siendo el apellido, ¿cierto? Martha Chávez, cuando fue candidata del fujimorismo, sacó 7%.

¿El fujimorismo es el único partido existente en el país, si bien no es muy claro qué es como partido? Mencionaste antes el asunto de sobrevivir al líder. ¿Puede el fujimorismo sobrevivir a la muerte de Alberto Fujimori, por lo demás previsible en un futuro relativamente próximo?

Prefiero la caracterización que usó Adriana Urrutia en sus trabajos⁷; ella lo llama un medio partidario. Es decir, es un ambiente en el cual hay un liderazgo fuerte y una cierta narrativa hacia adentro, para unos pocos militantes, de resistencia a la persecución que sufrieron. Esa definición fluida me parece la mejor: es un medio partidario, al parecer luchando por convertirse en partido. La gran oportunidad que tenían de convertirse en partido era entrar al Estado. Desde fuera del Estado me parece difícil la transformación de ese medio partidario en un partido, porque el Estado era el gran «táper». Entrar al Estado era hacer *tupper politics* desde el gran «táper» y creo que han perdido la oportunidad de hacerlo. Finalmente, el fujimorismo hoy tiene tres gobernadores de veinticinco, lo cual en cualquier país de América Latina sería un partido muy, muy débil.

Y tiene al Congreso, pero para ese efecto no es muy útil.

Tiene el Congreso y ellos saben que es una ilusión, porque si se hiciera hoy de nuevo esa elección tendrían cincuenta congresistas; no volverían a tener 73. Medio país los ha rechazado abiertamente y, sin embargo, tienen 56% del Congreso. Es un porcentaje que es mucho más la manufactura de un sistema electoral que un peso real en el país. Van a necesitar y van a querer tener una muy buena elección regional en 2018, porque necesitan seguir consolidando ese poder, al margen del Congreso, que además de ser un medio ilusorio tiene un des prestigio muy grande en el país. Necesitan un poco más de fuerza en otros ámbitos. Luego, hay cuestiones que veremos si van a manejar correctamente, si no van a surgir escisiones, peleas e incluso una guerra civil al interior del fujimorismo, que podría precipitarse con la muerte del padre. Guerra que ya está anunciada cuando Kenji dijo que «en el supuesto negado» de que su hermana perdiése, él iba a ser el candidato. Que es el escenario actual. Ya se mostraron los dientes. Al mismo tiempo están sentidos; es una derrota; están tratando de hacer el duelo juntos, pero está claro que cada uno tiene su proyecto.

En los últimos años, cuando se menciona al fujimorismo como el único partido, uno de los indicadores que se da es la gran cohesión de la bancada fujimorista, que no se parte. Es cierto, pero se relega la importancia de algo fundamental: durante cinco años todo el mundo ha creído que Keiko iba a ser presidenta del país.

⁷ Adriana URRUTIA, 2011. Hacer campaña y construir partido: Fuerza 2011 y su estrategia para (re)legitimar al fujimorismo a través de su organización. *Argumentos*, 2.

No tenía ninguna razonabilidad que si has estado en el fujimorismo entre 2011 y 2016, dejases el partido cuando parecía que el líder del partido iba a ganar la elección. Es una cohesión que no tiene tanto de mística cuanto de perspectiva racional sobre lo que se esperaba que pasara en 2016.

Si las encuestas que salgan en un año o en dos años, para la elección de 2021, no dan al fujimorismo encabezando la elección, veremos cuánta cohesión aparece. Ahí también habría condiciones para posibles escisiones, rupturas. Pero es difícil plantearse qué van a hacer. El fujimorismo no la tiene fácil para los próximos años; no creo que pueda ser oposición a este gobierno. Puede ser un necio contreras, pero oposición —en el sentido genuino del término—, no entiendo cómo podría ser oposición si no tiene una propuesta propia como para que el gobierno de PPK sea, claramente, lo opuesto a ellos.

Dijiste que Acuña se desinfló por los plagios. No lo sabemos en realidad, porque formalmente no se desinfló por los plagios sino por haber repartido plata en la campaña. Antonio Zapata distingue la irrupción de Acuña como un clientelismo que no se ejerce desde el Estado⁸. ¿Crees que Acuña tiene futuro en el paisaje que resulta de las elecciones de 2016?

Me parece que tiene futuro de plazos peruanos: breve. Efectivamente, la eliminación de Acuña es por entregar plata, un asunto administrativo. Pero la razón por la cual él ni siquiera piteó ni pidió reconsideración es porque sabía que se hallaba en caída libre y, si seguía con la candidatura, estaba poniendo en riesgo los negocios. Se había plantado en 12-13%; no lograba subir de ahí y con lo de los plagios cae hasta 6%, que es cuando se le elimina. Fue muy golpeado por esa denuncia, en su posibilidad de seguir creciendo. Creo que hoy en el Perú ya no puedes ser tan precario como candidato: es difícil que alguien que es tan evidente que tiene problemas incluso para leer, que tiene problemas para articular una idea, en quien es imposible identificar algún tipo de programa, pueda crecer mucho más allá de eso. Ya no somos un país en el cual alguien tan primario pueda seguir creciendo; esto, sumado a los problemas que ya hemos mencionado: la informalidad, la criollada, «me copio y apropio de lo que hizo otro». Su esquema de construcción de partido está ahí, hay una maquinaria vinculada a su universidad y me parece que quedará vivo por un rato. La prueba es que sin ser candidato presidencial ha conseguido nueve o diez congresistas.

No llego a saber si el proyecto político de Acuña tiene como objetivo el proyecto económico o si el proyecto económico tiene como objetivo lo político. Es difícil saberlo. Me parece que su inversión es muy grande y es posible que el tener al hijo en el Congreso le permita acceso a la Comisión de Educación, supervisar desde el

⁸ Antonio ZAPATA, 2016. *Pensando a la derecha*, Lima: Planeta (pp. 187-188).

Congreso y con vinculaciones en el Ejecutivo lo que se hace en ese ámbito. Es posible que la suya sea una suerte de bancada de interés particular y se mantenga ahí por un rato. Pero, me parece difícil que él, como figura presidencial de esa maquinaria, tenga vuelo. Tampoco sé si en la segunda vuelta él ha agregado algo a Kuczynski en el norte. Habría que mirarlo concretamente. Pero el suyo sí es un clientelismo hecho desde fuera del Estado y no es el único que usa las universidades como puente para hacer política. Hacer clientelismo desde el Estado peruano es ahora bien difícil y, efectivamente, desde la universidad es más factible.

Has desarrollado en varios textos la tesis de que hay un conjunto de burócratas y tecnócratas que en los últimos años se han hecho cargo de un manejo de las políticas del Estado a prueba de políticos reformistas elegidos y que no siempre corresponde a intereses empresariales: «En el Estado, el fortalecimiento de una capa de tecnócratas que ha paulatinamente ganado presencia, solvencia e importancia, hasta convertirse en una suerte de garantes de la continuidad. No son unos guardianes ideológicos de la continuidad, sino los guardianes burocráticos de unos procedimientos y normas que son considerados como lo eficazmente correcto. [...] Migran de un ministerio al otro, y son los supremos creadores e intérpretes del ROF, el MOF y el resto de sagradas escrituras del buen funcionario público. [...] Han sido formados en un habitus impregnado de unos principios, prácticas y políticas chorreados desde el MEF y los organismos internacionales que han terminado convirtiéndose en los criterios neutros y correctos de la administración del Estado»⁹. ¿Qué intereses representa ese cuerpo de técnicos que se ha criado en el MEF y ha ‘infiltrado’ otras instancias claves?

Representan intereses, en el sentido de cómo han sido recalibrados los intereses en el Perú; intereses que son cada vez más chiquitos. No veo detrás de ellos uno de esos grandes intereses a la antigua, en términos clásicos de análisis social. No es que actúen en nombre de la burguesía o los terratenientes, ese tipo de grupo social que ahora es inexistente. Diría que representan dos intereses: uno ideológico y otro social.

El ideológico es la protección y expansión de una forma de manejar el Estado peruano, donde prime la continuidad —la continuidad en abstracto— y esto significa básicamente mantener al Estado alejado de lo que se asocia con la catástrofe de los años ochenta, que es la política, los políticos, el gasto, el floró, el Congreso, la inefficiencia. El objetivo es blindar al Estado, en lo posible, de esas intromisiones que son percibidas como de otra época. Ese es el interés ideológico. Pero luego está el interés social, un interés propio, de grupo, que es el de estos tecnócratas y burócratas, como especie autónoma.

⁹ Alberto VERGARA, 2012. Alternancia sin alternativa. ¿Un año de Humala o veinte años de un sistema? *Argumentos*, 6(3), p. 3; Alberto VERGARA y Daniel ENCINAS, 2016. Continuity by surprise. Explaining Institutional Stability in Contemporary Peru. *Latin American Research Review*, 51(1), pp. 159-180.

Ellos mismos se han constituido en un interés.

Exacto. La expansión y reproducción del sistema garantiza la procreación de la especie. Es como un *homo sapiens* que va avanzando en la colonización del Estado y, a su paso, va matando o domesticando *neardentales*, *homo erectus* y toda especie animal o flora que ande por ahí. La somete, si se lo permiten, a sus propios términos. Ellos son un grupo de interés en ellos mismos. El sistema hay que defenderlo y alargarlo, expandirlo, porque es lo que te permite como especie expandirte, procrear y multiplicarte. Yo diría que esos son los intereses. Luego, en el discurso, cuando los entrevistas, te van a decir que su interés último es el de la nación.

Lo impresionante reside en la condición que tú pones para que su colonización del Estado sea exitosa: «si se lo permiten», dijiste. Es que se lo han permitido.

Se lo han permitido pues, porque los políticos peruanos ni se enteran de este proceso. Para seguir en el lenguaje de la evolución, es como si las otras especies también se hubieran convencido de que lo mejor es que manden los *sapiens*. Han visto que hubo dos o tres que se rebelaron y los chancaron, y han aprendido la lección. Además, conforme los *sapiens* han ido colonizando el ambiente, cada vez más *neardentales* y *homo erectus* y otras especies no conocen el lenguaje de la nueva época. Conforme avanzan unos, los otros van quedando más descolocados. En el escenario de la política, son los políticos y las fuerzas sociales de otro tipo quienes van quedando al margen del vocabulario, de los grupos, de las experiencias compartidas, de los procedimientos, que comparten tecnócratas y burócratas.

De los contactos internacionales.

De los contactos internacionales. Y es un trabajo de domesticación de las otras especies, que se han ido haciendo muy débiles y que terminan aceptando —desde su debilidad, su ausencia de ideas, de programas—: «Bueno, ya, que los *sapiens* se sigan ocupando, porque efectivamente ellos entienden mejor que yo qué hacer, yo me quedo con mi Congreso, tengo mi sueldito y no aspiro a jugar un papel relevante en las políticas públicas, sino aspiro al navajeo político cotidiano y a aparecer en los medios de comunicación». El Congreso es un buen ejemplo de eso, como un espacio de trifulca o de fiscalización —si se le quiere llamar más generosamente—, pero que ha renunciado absolutamente a su condición de creador de políticas públicas. Eso equivale a la abdicación de los *neardentales* a decir qué se hace sobre la tierra y decir: «Bueno, que se ocupen los *sapiens*». Y en eso están y estamos, para bien y para mal.

JUAN CARLOS VERME:

«VIENEN TIEMPOS DE GRANDES CAMBIOS EN EL ESTAMENTO
Y EN LA FORMA DE PENSAR DE LOS EMPRESARIOS»

Estudiaste en Suiza, ¿no es así?

Fui al colegio en Suiza. Mi vida de niño, de adolescente y de adulto joven transcurrió a caballo entre Suiza y Lima, pero mucho más en Suiza. Regresé al Perú en 1988. Había vivido entonces trece años en Suiza y diez en Lima, de los cuales cinco habían sido mis primeros años. A los veintitrés años yo estaba instalado en Zúrich y muy contento; demasiado cómodamente, sentí. Entonces quise imponerme el reto de continuar mis estudios de psicología en la Sorbona, en francés, dejando atrás el alemán. En los seis meses entre el final de un semestre de estudios y el comienzo del otro, vine a Lima, a pasar tres meses de vacaciones y a trabajar otros tres. Me quedé muchos años y así cambié París por Lima, que era precisamente lo opuesto a lo que todo el mundo hacía o quería poder hacer.

Venir al Perú de 1988, llegando de Zúrich, era el equivalente a ¡cambiar la próspera y apacible Pompeya por la bárbara Tracia en la época de Julio César! Muy interesante y muy estimulante para un joven.

El interés de mi pregunta es que tuviste oportunidades de trabajar e instalarte fuera del Perú.

No vivo en el Perú; ahora estoy aquí de paso. La verdad es que estoy siempre de paso; errar entre un puñado de lugares es mi modo. Aunque mucha gente me percibe como un viajero, yo me entiendo como un errante que regresa, una y otra vez, a los mismos lugares.